

EL TIEMPO VIVIDO EN SAN JUAN DE LA CRUZ

INTRODUCCION

La obra de San Juan de la Cruz se presenta como la expresión de una *experiencia límite del ser*, donde el polo finito y el polo eterno entran en maravillosa intimidad de comunicación. En este contacto el polo más débil, es decir, el ser finito, sufre violencia y sutilísima purificación para ser finalmente transfigurado y culminado en su ser. Las dimensiones naturales de la existencia abren paso a modos nuevos de ser y, como el ser finito define sobre todo su finitud por las referencias temporales y espaciales, en este trance el tiempo y espacio vividos serán profundamente alterados.

En este sentido nos ha sorprendido particularmente la consideración del *tiempo* por parte del autor místico, la consideración implícita naturalmente, pues en su intención y en su contexto no cabe la tematización explícita de la temporalidad¹. Sin embargo en la demarcación que hace de la andadura espiritual se trasluce una gran sensibilidad para el tiempo personal, el tiempo vivido, como tiempo de maduración... Esta sensibilidad no podría ser ajena a un proceso de evolución que incide en el fondo de la conciencia, no en vano se ha llegado a considerar la experiencia mística como usa *intensificación de conciencia*². Si dedicamos nuestra atención al problema del tiempo, con frecuencia despreciado al estudiar la vida mística, es porque creemos que el tiempo, como *duración real de un proceso en evolución*, tiene su relevancia para el místico y, sobre todo, que la relación del místico y el tiempo es ciertamente reveladora³.

Puesto que estos temas del tiempo, el devenir, la duración, la conciencia, etc., han llegado a ser tan relevantes para la filosofía contemporánea⁴, e incluso han trascendido de algún modo hasta el hombre de la calle, hemos estimado de gran interés esclarecer la aportación original al respecto que supone la mística. Así pues, damos a la luz

1 La tematización del tiempo es propia del pensamiento moderno secularizado, mientras que el pensamiento de San Juan de la Cruz es todavía teocéntrico, si bien se aprecia en él una particular sensibilidad para la finitud e incluso, nos atreveríamos a sugerir, para la «mundaneidad», que es deudora ya del Renacimiento.

2 Así lo ha visto M. H. de Longchamp, en *Lectures de Saint Jean de la Croix. Essai d'anthropologie mystique* (Beauchesne, Paris 1981).

3 Cf. J. Mouroux, *Le mystère du temps. Approche théologique* (Paris 1962) p. 247.

4 Pensar en la «duración» de Bergson, el «flujo de la conciencia» de Husserl o los «ex-tasis» de la temporalidad en Heidegger, por recordar algunas claves.